

Para conocer bien la ciudad de Tebas de forma completa, deberíamos conocer primero la historia de su fundador, Cadmo:

Cadmo, en la mitología griega, príncipe fenicio que fundó la ciudad de Tebas en Grecia. Cuando su hermana Europa fue raptada por el dios Zeus, su padre le ordenó que saliera a buscarla con una expedición y, además le dijo, que si fracasaba, no volviera a casa. Incapaz de encontrar a su hermana, consultó al oráculo de Delfos: éste le recomendó que abandonara la búsqueda y que, en cambio, fundara una ciudad en un lugar preciso: una vez que abandonara Delfos, encontraría una vaquilla, debería seguirla y construir la ciudad donde ella se parara a descansar.

Cerca del sitio de la nueva ciudad, Cadmo y sus compañeros encontraron un bosquecillo sagrado custodiado por un dragón. La fiera mató a sus compañeros y Cadmo acabó con el dragón. Por consejo de la diosa Atenea, sembró los dientes del animal en la tierra. De ellos surgieron hombres armados que se pusieron a luchar entre sí hasta que todos, menos cinco, acabaron muertos. Con los vencedores Cadmo fundó la ciudadela de la nueva ciudad de Tebas, y ellos se convirtieron en los jefes de sus familias nobles.

Sin embargo, antes de que Cadmo pudiera disfrutar de su nuevo hogar, tuvo que hacer penitencia por haber matado al dragón, dado que estaba consagrado a Ares, dios de la guerra. Por fin después de ocho años de servidumbre, llegó a ser rey de Tebas y recibió como esposa a Armonía, la hija de Ares y Afrodita.

Aunque Tebas prosperó bajo el gobierno de Cadmo, el infortunio marcó la vida de sus descendientes: dos de sus hijas y dos de sus nietos sufrieron muertes violentas. Ya anciano, escapó con su mujer a Iliria donde, al morir, tanto él como ella se convirtieron en serpientes. Según la tradición, Cadmo introdujo el alfabeto en Grecia.

Posteriormente conoceremos a algunos de los personajes que, relacionados con la mitología, tuvieron relación con esta ciudad, de la cual hablaremos a continuación:

Tebas (Grecia), ciudad de la antigua Grecia, en la región de Beocia, situada al norte del monte Citerón, al noreste de Atenas. Su acrópolis se llamó Cadmea, nombre que recibió en honor de Cadmo, el legendario líder de los fenicios, fundadores de Tebas. Fue una de las ciudades griegas más célebres en la mitología y en la leyenda. Son conocidos los relatos de los hermanos gemelos Anfión y Zeto, quienes dirigieron Tebas y construyeron sus murallas; el del rey Edipo y la rivalidad de sus dos hijos, Eteocles y Polinices, que culminó con la expedición de los siete contra Tebas, y la captura y destrucción de la ciudad por los Epígonos; el regreso del dios Dioniso y la introducción de su culto en Tebas; y, por último, el nacimiento y proezas del famoso héroe Hércules.

Históricamente Tebas fue la ciudad más importante de Beocia y desde aproximadamente el 519 a.C. en adelante la gran rival de Atenas. En el 479 a.C., durante la invasión persa de Grecia por Jerjes I, los tebanos apoyaron a los invasores y lucharon contra los griegos confederados en Platea. Cuando estalló la guerra del Peloponeso en el 431 a.C., Tebas luchó en alianza con Esparta y al final de la guerra ansiaba la destrucción de Atenas; sin embargo, pronto empezó a temer el poder creciente de su aliado y en la guerra de Corinto, en el 395–386 a.C., se alió con Atenas, Corinto y Argos contra Esparta. Surgió entonces un profundo antagonismo entre Tebas y Esparta, desarrollándose una lucha que provocó la supremacía de Tebas en Grecia durante un corto periodo, iniciado con la victoria de Epaminondas en Leuctra en el 371 a.C. y concluido en el año 362 a.C. con su muerte en Mantinea.

La elocuencia del orador ateniense Demóstenes persuadió a los tebanos para que se unieran a los atenienses en

su oposición a las invasiones del rey Filipo II de Macedonia, pero la unión de sus fuerzas no fue suficiente y en el 338 a.C., en la batalla de Queronea, el poder de Grecia fue aplastado. Después de la muerte de Filipo, los tebanos realizaron un ataque feroz pero sin éxito para recuperar su libertad. Su ciudad fue destruida en el 335 a.C. por el hijo y sucesor de Filipo, Alejandro Magno, quien vendió la población superviviente como esclava. Se dice que Alejandro sólo respetó los templos y la que había sido casa del poeta Píndaro. Aunque la ciudad fue reconstruida en el año 315 a.C. por Casandro de Macedonia, y prosperó durante algún tiempo, aproximadamente en el siglo I a.C. inició su decadencia después de que cien años antes Roma la destruyera de nuevo. Renació en el siglo XIV para terminar casi desapareciendo a mediados del siglo siguiente con la dominación otomana. El emplazamiento de la acrópolis está ocupado por la actual ciudad del mismo nombre.

Ahora vamos a dar a conocer la historia de personajes que guardan relación de forma mitológica con esta ciudad:

Armonía (mitología) o Harmonía, en la mitología griega, hija de Ares, dios de la guerra, y de Afrodita, diosa del amor, y mujer de Cadmo, fundador de Tebas. Con ocasión de la boda de Harmonía, en presencia de los dioses, Afrodita le regaló un hermoso collar hecho por Hefesto, dios de la metalurgia. El regalo la hizo afortunada, pero a su familia sólo le trajo muerte y miseria. En su vejez, Harmonía y Cadmo fueron transformados en serpientes.

Europa (mitología), en la mitología griega, hija de Agenor, el rey fenicio de Tiro, y hermana de Cadmo, el legendario fundador de Tebas. Una mañana, cuando Europa estaba juntando flores a orillas del mar, el dios Zeus la vio y se enamoró de ella. Se presentó bajo la apariencia de un hermoso toro de color castaño, y la convenció para que montara sobre su lomo. Al subirse Europa él salió a la carrera a través del océano hasta la isla de Creta. Minos y Radamantis fueron hijos de Zeus y Europa y llegaron a ser jueces de los muertos. *El rapto de Europa*, título de un cuadro del pintor italiano Tiziano, también ha inspirado otras muchas pinturas.

Layo, en la mitología griega, rey de Tebas, marido de Yocasta y padre de Edipo. Cuando el oráculo de Delfos le predijo que su propio hijo lo mataría, Layo abandonó al recién nacido en la ladera de una montaña. Lo rescató un pastor, sin embargo, y lo adoptó. La profecía se cumplió cuando Edipo, ya muchacho, mató a su padre sin saber que lo era.

Edipo, en la mitología griega, rey de Tebas, hijo de Layo y Yocasta, rey y reina de Tebas respectivamente. Un oráculo advirtió a Layo que sería asesinado por su propio hijo. Decidido a rehuir su destino, ató los pies de su hijo recién nacido y lo abandonó para que muriera en una montaña solitaria. Un pastor recogió al niño y se lo entregó a Pólipo, rey de Corinto, quien le dio el nombre de Edipo (pie hinchado) y lo adoptó como su propio hijo. El niño no sabía que era adoptado y, cuando un oráculo proclamó que mataría a su padre, abandonó Corinto. Durante su travesía, encontró y mató a Layo, creyendo que el rey y sus acompañantes eran una banda de ladrones y así, inesperadamente, se cumplió la profecía.

Solo y sin hogar, Edipo llegó a Tebas, acosado por un monstruo espantoso, la Esfinge, que andaba por los caminos que iban a la ciudad, matando y devorando a todos los viajeros que no sabían responder al enigma que les planteaba. Cuando Edipo resolvió acertadamente el enigma, la esfinge se suicidó. Creyendo que el rey Layo había muerto en manos de asaltantes desconocidos, y agradecidos al viajero por librarlos del monstruo, los tebanos lo recompensaron haciéndolo su rey y dándole a la reina Yocasta por esposa. Durante muchos años la pareja vivió feliz, sin saber que ellos eran en realidad madre e hijo.

Entonces descendió una terrible peste sobre la tierra, y el oráculo proclamó que debía ser castigado el asesino de Layo. Pronto Edipo descubrió que involuntariamente había matado a su padre. Atribulada por su vida incestuosa, Yocasta se suicidó y, cuando Edipo se dio cuenta de que ella se había matado y que se condenaba a sus hijos, se quitó los ojos y abandonó el trono. Vivió en Tebas varios años pero acabó desterrado. Acompañado por su hija Antígona, vagó durante muchos años. Finalmente llegó a Colono, un santuario cerca de Atenas consagrado a las poderosas deidades llamadas Euménides. En este santuario para suplicantes murió

Edipo, después de recibir la promesa del dios Apolo de que el lugar de su muerte permanecería sagrado y otorgaría un gran beneficio a la ciudad de Atenas, que había dado refugio al vagabundo.

Antígona, en la mitología griega, hija de Edipo, rey de Tebas, y de la reina Yocasta. Antígona acompañó a su padre en el exilio pero volvió a Tebas después de su muerte. En una discusión sobre el trono, sus hermanos Eteocles y Polinices perdieron la vida uno a manos del otro. El nuevo rey, Creonte, dio honrosa sepultura a Eteocles pero ordenó que el cuerpo de Polinices, a quien consideraba un traidor, permaneciera donde había caído. Antígona, creyendo que la ley divina debía ser anterior a los decretos terrenales, enterró a su hermano. Creonte la condenó a ser enterrada viva. Ella se colgó en la tumba, y su desconsolado amante, Hemón, hijo de Creonte, se suicidó. Antígona fue el tema de tragedias del dramaturgo griego Sófocles y en el siglo XX del dramaturgo francés Jean Anouilh.

Creonte, en la mitología griega, hermano de Yocasta, reina de Tebas. Creonte fue regente de Tebas tras el exilio del rey Edipo, hasta que su sobrino Eteocles, hijo menor de Edipo, reclamó el trono. El hijo mayor, Polinices, enojado por esta usurpación de su derecho legal, condujo un ejército invasor en la batalla de los Siete contra Tebas. Ambos hermanos murieron en combate, y Creonte asumió de nuevo el mando de Tebas, y tras el entierro de Eteocles decretó que se negaran los ritos funerarios a todos los que habían luchado contra la ciudad. El entierro de los muertos se consideraba un deber sagrado, y Antígona, hermana de Polinices y Eteocles, desafió a Creonte y enterró a su hermano, declarando que debía una obediencia mayor a las leyes de los dioses que a las de los hombres. Irritado por tal desafío a su autoridad, Creonte ordenó que su sobrina fuese enterrada viva. Su hijo Hemón, que amaba a Antígona, se quitó la vida desesperado por su muerte.

Agavé, En la mitología clásica, hija del rey tebano Cadmo y de Harmonía. Calumnió a su hermana Semele, amante de Zeus; Dioniso hizo que enloqueciera y despedazase a su hijo Penteo, rey de Tebas, quien se oponía a los ritos dionisiacos.

Afrodita, En la mitología griega, divinidad del amor, identificada en Roma con la diosa Venus. Según una tradición, nació de Zeus y de Dione; según otra, es hija de Urano, cuyos genitales, cortados por Cronos, cayeron al mar y engendraron una espuma blanca de la que emergió la diosa. De sus amores con Ares, nacieron Eros, Anteros, Deimo, Fobo y Harmonía. También amó a Adonis y con Anquises tuvo dos hijos, Eneas y Lirno. Precipitó la guerra de Troya al prometerle a Paris la mano de Helena. Sus elementos emblemáticos son las palomas,

que arrastran su carro, y la rosa y el mirto. Los principales lugares de culto fueron las factorías fenicias del mundo griego, Tebas y, sobre todo, Corinto.

Dirce, en la mitología griega, esposa de Lico, rey de Tebas. Maltrató a Antíope, repudiada por Lico, cuyos hijos, Anfión y Zeto, para vengar a su madre, la ataron a los cuernos de un toro, el cual la destrozó contra unas rocas.

Eteocles, en la mitología griega, hijo de Edipo y de Yocasta. Su

hermano Polinices y él reinaron de forma alternativa sobre Tebas. Al negarse Eteocles a entregar el cetro, con la ayuda de Adrasto, Polinices sitió Tebas con otros seis jefes más, lo que desencadenó la guerra de los Siete contra Tebas. Los dos hermanos se mataron entre sí. Creonte hizo arrojar sin sepultura el cuerpo de Polinices y condenó a Antígona, quien le había rendido los últimos honores.

Hemón, en la mitología griega, hijo de Creonte, rey de Tebas. Se dio muerte sobre el cadáver de la desdichada Antígona, hija de Edipo, a quien amaba.

Hipomedonte, en la mitología griega, uno de los siete jefes que

asediaron Tebas, hijo de Aristómaco, nieto de Talao y padre de

Polidoro.

Ino, en la mitología griega, hija de Cadmo y de Harmonía, esposa de Atamante, rey de Tebas, y madre de Learco y de Melicertes.

Lábdaco, en la mitología griega, rey de Tebas, padre de Layo y abuelo de Edipo. Fue asesinado por las bacantes.

Meneceo, en la mitología griega, hijo de Creonte. Tiresias predijo que Tebas se salvaría del asedio de los Siete Jefes si se sacrificaba al hijo del rey. Creonte dio muerte a Meneceo.

Penteo, en la mitología griega, rey de Tebas, hijo de Equión y de Agavé. Se opuso a la introducción del culto de Dioniso en Tebas. Su madre, durante una bacanal, le despedazó creyendo que mataba a una fiera salvaje.

Tebe, en la mitología griega, nombre de varias heroínas epónimas: la hija de Prometeo y de una ninfa y la hija menor del dios-río Asopos y de Metope, ambas reclamadas por los beocios como fundadoras de la Tebas de Beocia; una hija de Adramis y esposa de Hércules, fundadora de la Tebas de Cilicia, y la hija de Nilo, fundadora de la Tebas egipcia.

Tiresia, en la mitología griega, hijo de Everes y de la ninfa

Cariclo, es el más célebre adivino de Tebas. En su juventud había perdido la vista por revelar a los mortales los secretos del Olimpo, o por haber visto a Palas mientras se bañaba, o por la cólera que desató en Hera. Tiresias fue quien aconsejó ofrecer el trono de Tebas al vencedor de la Esfinge y desposarlo con Yocasta. Ayudó a Edipo a descubrir el misterio de su nacimiento. Se le atribuye el privilegio de conservar, después de su muerte, el don de profecía.

Yocasta, en la mitología griega, hermana de Creonte, esposa primero de Layo, rey de Tebas, y después de su hijo, Edipo. Según Sófocles, cuando el incesto fue descubierto, Yocasta se ahorcó. Según Eurípides, sobrevivió a Edipo y se suicidó después de la muerte de Eteocles y Polinice.

Zeto, en la mitología griega, hijo de Zeus y de Antíope, y hermano gemelo de Anfión, con quien se crió en las laderas del Citerón. Mientras su hermano se dedicaba a la música, él mostró afición a ocupaciones violentas y manuales, y se convirtió en atleta y granero. Después de haber vengado a su madre en las personas de su tío abuelo Lico y la esposa de éste, Dirce, ambos hermanos construyeron Tebas: Zeto acarreaba las piedras al son de la flauta de Anfión.

Tiresias, en la mitología griega, hijo de Everes y de la ninfa

Cariclo, es el más célebre adivino de Tebas. En su juventud había perdido la vista por revelar a los mortales los secretos del Olimpo, o por haber visto a Palas mientras se bañaba, o por la cólera que desató en Hera. Tiresias fue quien aconsejó ofrecer el trono de Tebas al vencedor de la Esfinge y desposarlo con Yocasta. Ayudó a Edipo a descubrir el misterio de su nacimiento. Se le atribuye el privilegio de conservar, después de su muerte, el don de profecía.

Alcmena y Anfitríon

Anfitríon, en la mitología griega, príncipe más tarde rey de Tirinto. Se casó con Alcmena, hija del rey Electrión de Micenas. Durante su ausencia a causa de una expedición militar, el dios Zeus visitó a Alcmena disfrazado de Anfitríon. Alcmena dio a luz dos hijos gemelos: Hércules, el hijo de Zeus y semi-dios, e Ificles,

el hijo de Anfitrión.

Plauto, Tito Maccio, Biografía. Comediógrafo latino. Los datos biográficos que poseemos sobre él son escasos e imprecisos. No se conoce con exactitud la fecha de su nacimiento: sólo con aproximación se ha fijado la de 254 a. C., por una noticia de Cicerón (*Brutus*, 60), sabemos que murió en el consulado de Plauto Claudio y L. Porcio, siendo censor Catón, es decir, en el 184 a. C. Otro tema de discusión es su nombre; durante mucho tiempo se le ha llamado *M. Accius Plautus*, hasta el descubrimiento de palimpsesto ambrosiano en el que pudo verse escrito, al final del texto de *Casina* y *Epidicus*, el nombre *Titi Macci Plauti*. Aún surgen discusiones sobre su nombre respecto a la forma *Yacej*, que puede proceder de *Maccus* o *Maccius*, la que encuentra más adeptos es la de *Maccitis*, por ser este gentilicio muy frecuente en las inscripciones oscoas lo que hace pensar que también arraigaría en sus vecinos los umbros.

Plauto nació en Sársina (Umbría) – es, por tanto, el primer representante del Norte de Italia en la Literatura latina –, cuando apenas hacía unos años que la ciudad estaba sometida a los romanos. Sin embargo, Plauto debió de llegar muy joven a Roma; sólo así puede explicarse el perfecto dominio y pureza de su lengua latina. Según los detalles de su vida, facilitados por A. Gellio (111,3,14), debió de conocer diversas situaciones. Pertenecía, probablemente, a una familia humilde; quizá ganó algún dinero en el teatro, como empresario de festejos públicos, pero debió de arruinarse especulando en el comercio marítimo, quizá de cereales. Los tiempos eran difíciles, pues la invasión imprevista de Aníbal en la Península en el 218 (11 guerra Púnica) provocó muchos desastres financieros. Arruinado del todo, se vio obligado a ejercer los más humildes oficios, incluso a dar vueltas a la muela de un molino como esclavo de un panadero; más tarde consiguió recobrar su libertad e incluso llegó a poseer una gran fortuna, a la vez que reemprendía sus trabajos literarios, iniciados a los 17 años.

Su vida se desarrolla entre importantes episodios históricos: no sólo la 11 guerra Púnica –de la derrota de Cannas (216) a la victoria del Motauro (207) y Zama (202)–, sino también la primera afirmación de la intervención romana en Grecia y en el Oriente helenístico

Clasificación de sus obras. Según el testimonio de A. Gellio (111,3,11), que deriva de Varrón (Y.), eran alrededor de 130 las comedias atribuidas a Plauto después de su muerte; corpus inmenso procedente, en parte, de la abundante fecundidad y facilidad con que P. había producido, y, en parte, de las uniones posteriores, antiguo, en el seno de las compañías teatrales, en que se confundían las obras genuinas del maestro con las de sus imitadores. Ya entre los s. II y I a. C. los críticos romanos, como el trágico Accio, Voleacio Sedígito, Elio Estilón y otros, asumieron la tarea de distinguir lo genuino de lo falso, constituyendo diversos índices o clasificaciones. El último y más importante de ellos fue Varrón, que en su monografía *De comediis Plautinis* distingue tres grupos en las obras atribuidas a Plauto: en el primero colocó 21 comedias, en cuya autenticidad estaban todos de acuerdo en el segundo, 19, a las que por razones históricas y estilísticas reconocía paternidad plautina; en el tercero, las restantes, que consideraba espúreas. Se han conservado por entero las comedias del primer grupo (denominadas *fabulae Varroniatiae*), a excepción de la *Vidularia*, que por su posición en el arquetipo de los manuscritos se encuentra gravemente destruida. Corresponden a este grupo: *Amphitruo*, *Asinaria*, *Aulularia*, *Captivi*, *Curculio*, *Casina*, *Cistellaria*, *Epidicus*, *Bacchides*, *Mostellaria*, *Menaechmi*, *Miles gloriosus*, *Mercator*, *Pseudolus*, *Poenulus*, *Persa*, *Rudens*, *Stichus*, *Trinummus*, *Truculentus*, *Vidularia*. La mayoría de las obras son variaciones sobre temas conocidos; tan sólo *Amphitruo* se sale del molde: es la única de argumento mitológico, una especie de tragicomedia o parodia trágica; forma parte del ciclo de leyendas tebanas en relación con el nacimiento de Heracles.

Si se nos permite una cierta clasificación esquemática, pero aproximada, veremos que existe, en primer lugar, el género que se funda sobre los equívocos, o, más exactamente, sobre los cambios de persona: *Bacchides*, *Amphitruo* (en donde Zeus se ha cambiado por Anfitrión, y Mercurio por Sosia) y de una forma verdaderamente excepcional los *Menaechmi*, en donde de la alucinante confusión entre Menecmo I y Menecmo II depende todo el intrincado desarrollo de la acción. Otras comedias gravitan esencialmente sobre el motivo del «reconocimiento», un motivo del que la tragedia, en particular Eurípides, ya se había servido,

transmitiéndolo después a la Comedia Nueva, que hizo uso y abuso de él. Pertenecen a este grupo las comedias *Cistellaria*, *Curculio*, *Epidicus*, *Poenulus*, en donde el reconocimiento, más o menos casual, de personas cuya condición originaria y nacimiento se ignoraba determina un cambio imprevisto de fortuna y el desenlace final del drama. En otras, el motivo es el engaño o la estafa, como en el *Asinaria*, en el *Persa*, en *Casino*, donde el joven Calino y un hombre maduro, Olimpo, se esfuerzan por conquistar a la misma muchacha; Calino le juega a su rival una mala pasada, pues, en la noche de bodas se disfraza de muchacha y se presenta ante Olimpo como si fuera la esperada Cásina. Otras se acercan vagamente a ser comedias de caracteres, tales como el *Pseudolus* y *Truculentus*.

En general, los diversos tipos que hemos visto se combinan entre sí en forma mixta, se entrelazan, son ejemplos relevantes la *Aulularia*, los *Captivi*, particularmente *Casina*. Por consiguiente, las comedias de Plauto rehuyen toda clasificación demasiado fija y no pueden calificarse sino como comedias de trama, en las que domina la complicación de los motivos y de los casos. A menudo la intriga es compleja, pero la comprensión de los espectadores se facilita mediante alocuciones y, ante todo, con el prólogo, que, a imitación de las obras más tardías de Eurípides y de la Comedia Nueva, indican el curso de la acción. En el prólogo, tan pronto actúa un personaje de la pieza teatral (Mercurio en *Amphitruo*), como un personaje divino, relacionado de alguna forma con la obra, pero que no interviene en la representación (los lares domésticos, *Lar Familiaris*, en la *Aulularia*); a veces el locutor del prólogo aparece sin caracterizar (en los *Captivi*); en otras ocasiones, el prólogo se sustituye por un corifeo, que se introduce en la mitad de la obra o después de una escena culminante de la intriga (*parabasis*).

Relaciones e influencias. La actividad de Plauto como dramaturgo se aplicó exclusivamente a la denominada *labula palliata*, que ponía en escena personajes con nombres y costumbres griegos, a imitación de los modelos de la Comedia Ática Media (Antífanos) y Nueva (Menandro, v., Dífilo, Filemón), muy en boga a la sazón en todo el mundo helénico y especialmente en el mediodía greco-italico de la Península. Se descubren también residuos y elementos de representaciones más directamente radicadas en el suelo itálico, como las *atelas*, los *Fliaki*, la Sátira dramática y quizá los dramas mímicos del siciliota Epicarmo (Horacio, *Epistolae*, 11,1,57–58), como el propio Plauto apuntó en *Menaechmi* y *Casina*.

Fuentes y cronología. Sabemos cuál fue la fuente directa de algunas comedias; por ejemplo, en la *Asinaria* adoptó «el Arriero» de Demófilo; en la *Cistellaria*, las *Synaristosai*, de Menandro; en *Mercator*, «el Mercader», y en *Trinummus*, «el Tesoro», de Filemón; *Stichus* se basa en la comedia *Adephoi* de Menandro, que no se identifica con el modelo de la comedia del mismo título de Terencio; *Rudens* tiene como base una pieza teatral de Dífilo, cuyo título no consta. Acerca de los originales de las demás comedias sólo caben conjeturas. Lo mismo ocurre con la fecha de composición o estreno de la obra, sólo deducible en determinados casos; así el *Stichus* se estrenó en los *ludi plebe* del 200 a. C., el *Pseudolus* en el 191 a. C., el *Trinummus* después del 194 a. C.; La más antigua de las obras de Plauto conservada es el *Miles gloriosus*, aproximadamente del 205 a. C.; sin embargo, sobre la cronología de las obras plautinas no existe unanimidad entre los críticos, dada la clase de indicios (líneas de evolución dramática y estilística, referencias y alusiones a acontecimientos de la época) con los que operan los estudiosos de Plauto.

Características de sus comedias. Si bien el mundo de las comedias plautinas es la sociedad burguesa de Atenas, en la que aparecen caracteres típicos (padres indulgentes o severos, hijos disolutos, esclavos atrevidos), Plauto inserta en ellas numerosos trazos de costumbres romanas (instituciones, interés por las discusiones de derecho) y expresiones latinas (proverbios). Por otra parte, integra partes cantadas en la acción y transforma la comedia en una especie de opereta, donde los *ballads* juegan un gran papel (por ejemplo, la danza de esclavos y de cocineros en la *Aulularia*). En función de esta interpretación coreográfica se explican los numerosos detalles de construcción en las piezas plautinas, en cuyo texto se contienen, a veces, indicaciones escénicas. La *labula palliata* distinguía entre *díverbium* (diálogo hablado) y *cantica* (poema lírico); en Plauto, sobre todo en sus piezas últimas, los *cantica* ocupan mayor espacio, son principalmente «arias» que, gracias a su gran diversidad métrica (anapestos, creticos, baquios), enriquecieron la lengua latina con esquemas desconocidos de los mismos griegos. En este aspecto, Plauto imita más que la Comedia Nueva,

la Antigua, como la de Aristófanes, insigne por su abrumadora polimetría, y sus predecesores latinos, como Livio Andrónico y Nevio. Ciertamente, éste era el aspecto que especialmente satisfacía los gustos del pueblo romano; más que recitada, la comedia de Plauto era cantada, como una especie de revista musical.

La acción en las comedias plautinas no se ciñe a un tema general, demasiado lleno de convencionalismos. Plauto no siente la menor preocupación por la regularidad; pasa por alto detalles importantes, explicaciones necesarias, hace aparecer y desaparecer los actores a placer, presenta con brusquedad los desenlaces, alarga con delectación algunas escenas. Sólo aspira a llevar al público de escena en escena; por este motivo algunas obras son completamente inorgánicas, como el *Poenulus*, que presenta solamente tres sucesos de los que es víctima Lico, el traficante de esclavos. Los personajes eran, en principio, tan convencionales como los temas. Aparecen iguales en cada obra: el joven libertino y despilfarrador– la cortesana, ávida y mañosa; la joven modesta y simpática; la madre honrada, aunque tosca; el esclavo desvergonzado e ingenioso, que desafía los golpes al servicio de los amo– res de su joven amor, el traficante de esclavos (*leno*) es también indispensable, aparecen, aunque con menos frecuencia, el soldado fanfarrón, el parásito, el cocinero de alquiler. Pero el esclavo es el verdadero rey de la comedia de Plauto: desinteresado, arriesgado, de fidelidad incondicional, inteligente hasta la astucia, seguro de su éxito, parece embriagado de su importancia hasta el heroísmo. Respecto a los personajes femeninos, Plauto los trata con mayor cuidado que a los demás; suelen salvarse de su despiadado sarcasmo y algunos adquieren, como Alcmena, un carácter de elevada grandeza y dignidad.

El mérito indiscutible de Plauto no reside en la acción, ni en los caracteres, sino que brota de su lenguaje, cuyo vigor, lozanía y riqueza expresiva admiraban ya los antiguos, como Varrón y Cicerón. Conoce y utiliza a la perfección la lengua latina, que es capaz de combinar con la retórica filosófica de los griegos hasta alcanzar un estilo propio. Puede decirse que creó la en una apropiada a sus comedias. Menandro adoptó en sus obras un estilo de ática elegancia y evitaba, como más tarde su fiel imitador Terencio, todo lo vulgar, primitivo e ingenuo. En Plauto encontramos exactamente lo contrario. Toma giros y palabras de todos los tipos sociales, del soldado y la cortesana, del sacerdote y el magistrado. La riqueza de su vocabulario es sencillamente asombrosa. Emplea con preferencia la aliteración, la asonancia y el asíndeton, imprimiendo a su estilo un sello inconfundible. Domina con gran maestría todos los recursos estilísticos, con vistas a un efecto cómico (*vis comica*) o para llenar el diálogo de chispeante viveza. Finalmente, si algo impera, como uniforme y unitario en toda su obra, es la libertad; libertad en el diálogo, la acción y la versificación, necesaria para llegar a todos los rincones y captar todos los matices.

Su Influjo a lo largo de la Historia. Plauto fue el ídolo de la afición teatral romana. Los críticos antiguos, con excepción de Horacio y Quintiliano, le juzgan en términos laudatorios. En general, la Edad Media se interesó menos por Plauto que por Terencio. A partir del Renacimiento, Plauto vuelve a leerse con gran entusiasmo y ya desde entonces empieza a influir en la comedia moderna: Shakespeare, Molière, Regnard,

Helio

Son los dioses del Olimpo quienes, en la mitología griega producto del antropomorfismo, ocupan el primer lugar. Zeus y su cortejo lo han borrado todo, todo lo han absorbido. Otras divinidades que, en época muy remota, ocupaban lugar preferente, no han desaparecido por completo, peor han pasado a segundo término. Éste es particularmente el caso de Helios el Sol, Eos la aurora, de Selene, la Luna, personificaciones de los meteoros celestes. No han sido objeto más que de un número relativamente restringido de mitos, su culto no fue floreciente sino en reducido número de lugares, y sus representaciones artísticas no alcanzaron nunca desarrollo considerable.

Según la tradición más generalmente admitida, Helios era hijo del Titán Hiperión, quién a su vez tenía por a padres a Urano y a Gea. Hiperión esposo de su hermana Eurifaesee o de Teya, tuvo por descendientes además de a Helios a Eos y Selene. " Hiperión dice un himno homérico, se casó con la ilustre Eurifaesia, su hermana; ella la dio hermosos hijos: Eos, de brazos de rosa; Selene de bellas trenzas, y Helios, infatigable, semejante a

los inmortales, quién, arrastrado por caballos, esparce su luz sobre los hombre y sobre los dioses; éste, con sus ojos, lanza terribles miradas por debajo de su casco de oro, y él propio resplandece con rayos deslumbradores; en sus sienes, los lados del casco, iluminados por la cabeza, cubren su graciosa cara cuyo resplandor se extiende a lo lejos; alrededor de su cuerpo brillan ligeros vestidos agitados por el soplo de los vientos, y a su carro están uncidos caballos machos. Allí, donde por la arde detiene su carro de oro y sus corceles, los envía desde el cielo al océano."

Según la leyenda, Helios se había unido a la Oceánida Perse, de la cual había tenido a Circe y a Etes, a los cuales se añaden a veces Pásife, Perses, Aloeo y aún Calipso.

Otras aventuras amorosas le atribuían igualmente al hijo de Hiperión. Las más conocidas son las que ponen en escena a Rodos y a Leucotoe. La primera era hija de Afrodita. Según Píndaro estando ausente Helios cuando el reparto de la tierra, fue excluido. Zeus se percató de ello y quiso proceder a una nueva distribución. Helios le rogó que nada hiciese y que sólo le asegurase la posición de una isla que veía emerger del fondo del mar. Era la isla que conocemos con el nombre de Rodas, que le vino de Rodos, la amante de Helios. Siete hijos nacieron de la unión de Rodos y de Helios; fueron los Helíadas: Oquimos, Cercafo, Actis, Macar(Macareo), Candalo, Triopes y Tenages. Candalo es a veces reemplazado por Faetón. Cercafo tuvo a su vez tres hijos: Lindos, Jaliso y Camiro, que fundaron en la isla de Rodas la tres ciudades que llevan su nombre.

La aventura de Helios con Leucotoe nos muestra al dios presa de una suscitada pasión por la venganza de Afrodita. Furiosa porque Helios había revelado a Hefesto sus relaciones con Ares, la diosa del amor hace nacer en el corazón del hijo de Hiperión, que entonces honraba con sus favores a Clicia, una llamada nueva por Leucotoe, hija del rey Orcamo y de Eurinome. En la Metamorfosis de Ovidio encontramos el relato de este episodio. " ¿Qué pueden, escribe el poeta, oh hijo de Hiperión, tu belleza, tu calor y el resplandor de tus rayos? Sí, tus fuegos queman lejos de la tierra, más tú mismo te quemas con un fuego nuevo; tus miradas deben abrazarlo todo y no vez más que a Leucotoe tú fijas en una sola ninfa tus miradas que reclama el mundo entero." Para acercarse a su amante, Helios toma las facciones de su madre Eurinome. " En medio de doce compañeras, ve a Leucotoe, que a la luz de una antorcha, agitaba un brillante huso. Primero la besa tiernamente como una madre a su hija querida, luego añade: " Se trata de un secreto; esclavas, retiraos y no privéis a una madre del derecho de hablar a solas con su hija." Obedecen. El dios, al verse sin testigos: "Yo soy, dice, el que mide la longitud del año; yo soy quién todo lo ve y quién por la tierra lo ve todo; yo soy el ojo del mundo; créeme me agradas. " La ninfa tiembla; el temor, que caer la rueca y los husos de sus dedos privados de toda elasticidad, realza más su belleza. El dios vuelve a tomar el punto de forma y el esplendor acostumbrados. Asustada al ver este cambio repentino, pero vencida por el resplandor del dios, Leucotoe cede a la violencia sin proferir queja alguna.

Clicia, abandonada por Helios, corre a avisar a Orcamo, padre de Leucotoe, del deshonor de su hija. Ésta se ve condenada al más cruel de los suplicios, a ser enterrada viva. "Es inútil que eleve sus brazos al sol y exclame que él ha triunfado por la fuerza; su padre siempre inexorable, la sepulta en el seno de la tierra, y la arena elevada en otero la hace sucumbir bajo su peso." Helios acude en socorro de Leucotoe, pero llega demasiado tarde. Sus rayos dispersan la arena del otero bajo la cuál está enterrada la hija de Orcamo, pero hace vanos esfuerzos para retornarla a la vida. "Nunca, exclama, el dueño de los ágiles corceles del día vio, desde el incendio que devoró a Faetón, espectáculo más doloroso para su alma. Primeramente, trata de reanimar por la fuerza de sus rayos el calor vital en los miembros ya helados de su amiga, pero el destino se resiste a sus esfuerzos. Entonces derrama sobre sus restos y sobre la arena que la cubre un néctar oloroso. Y después de largas lamentaciones exclama: "Tú subirás al cielo." De improviso los miembros de la ninfa, empapados de la esencia divina, se ablandan y la tierra está bañada de perfumes. Un tallo que el incienso vela empuja insensiblemente las raíces en las entrañas de la tierra, se eleva y rompe ña barrera que la tumba le opone."

No menos trágico fue el destino de Clicia, que había creído recobrar la ternura de Helios al perder a su rival." El amor, dice Ovidio, podía excusar el resentimiento de Clicia, y el resentimiento su revelación; sin embargo, el padre del día no volvió nunca más al lado de esta ninfa, desde entonces terminó su ternura con ella. Presa

de su amor insensato, descaecía y se le hizo imposible la vida en medio de sus compañeras. Expuesta a la inclemencia del aire, noche y día está tendida en tierra, sin vestido y dejando flotar al azar sus descuidados cabellos; durante nueve días, sin agua, sin aliento, no tuvo más que el rocío y sus lágrimas para apagar el hambre. Jamás levantó sus miembros de la tierra, contemplando sin cesar al dios que hacía su curso y volviendo siempre sus miradas hacia su frente; su cuerpo parecía estar adherido a la tierra. Una palidez mortal cubrió sus miembros, convertidos en un tallo sin color; su cabeza vino a ser una flor brillante como la violeta, y aunque la raíz la encadena al suelo, se vuelve hacia el Sol, a quien adora, aún después de su metamorfosis."

Hacen además los autores antiguos de la unión de Helios con cierto número de compañeras que le dan hijos ilustres en la leyenda: Selene, había tenido del sol a las horas; Egle, a las Carites. Según las localidades, los descendientes de Helios tienen madres diferentes. Eetes, por ejemplo, es a veces hijo de Persa, de Antíope o de Astérope. Pasífae tiene por madre a Pera, o a Creta, Lampetia, Neera o Roda, hija del río Asopo. En fin, el hijo más célebre de Helios, Faetón, tiene también una genealogía variable.

EL MITO DE FAETÓN. Faetón se nos presenta ahora como hijo de Helios y de Roda, o hijo del mismo dios y de Prote, hija de Nereo, o como nieto de Helios e hijo de Merope. La leyenda más generalmente admitida es, sin embargo, la que le hace hijo del Sol y de Oceanida Climene, que casó luego con el rey de Etiopía Merope. Se encuentra mención de la leyenda de Faetón en algunas indicaciones de Higino que se refieren a fragmentos de Hesíodo, y el mismo asunto ha sido tratado por Esquilo en sus Heliadas, así como por Eurípides en uno de sus dramas titulado Faetón. Sin embargo, es el poeta, es el poeta de las Metamorfosis quien nos ha dejado el relato más completo de la trágica aventura del hijo de Helios.

Según Ovidio, Faetón, "discutiendo la superioridad del nacimiento" con Epafo, nieto de Inaco, se vanaglorió de ser hijo de Helios. "Insensato", le dijo Epafo; dando crédito a los discursos de tu madre, alimentas tu soberbias con la mentira de tu ilustre origen." Dirigiéndose a su madre, Faetón le cuenta el ultraje que acaba de serle infligido y le suplica que "le haga conocer a su padre por señales ciertas." Climene, alzando las manos al cielo y con los ojos fijos en el Sol: "Por estos rayos centelleantes, exclama, por este astro que nos ve y que nos oye, ¡te juro, oh hijo mío!, Este Sol que contemplas, este sol árbitro del mundo, es tu padre. Si yo te engaño, que me retire su luz, luzca hoy a mis ojos por última vez. El Oriente es donde reside, linda con esta comarca. Si lo deseas, sube a su palacio y ve a interrogarle tú mismo."

Faetón va al encuentro de Helios, que lo acoge benévolamente. El joven pide al Dios que le dé cualquier prenda resplandeciente que le declare hijo suyo. Helios se compromete a ello, jurándolo por la Estigia. Faetón pide el carro de su padre, y el derecho de guiar un solo día las riendas de los caballos alados. Esta petición asusta a Helios, que prueba de hacer renunciar de su empresa al joven imprudente, exponiéndole todos los inconvenientes de ella. "Parece creerte salido de mi sangre, le dice, pides una señal indudable: ¿la hay más cierta que esta turbación en que me encuentro?" No le vale. Faetón insiste hasta que ha montado en el carro de su padre, quien le aconseja la mayor prudencia. "Haz más a menudo eso de las riendas que del aguijón." Le dice. Los caballos que por la ligereza del carro, reconocen que no está montado por su mismo dueño, emprenden una carrera vertiginosa, por caminos desconocidos. "Desde lo alto de los aires el infortunado Faetón ha visto desaparecer la tierra en un profundo alejamiento palidece, sus rodillas tiemblan de terror profundo, y sus ojos, en el mismo en el mismo seno de tantos resplandores, se cubren de tinieblas. ¡Ah!, ¡cómo querría jamás haber tocado las riendas de su padre! ¡Cuánto siente haber conocido su origen y haber triunfado con sus súplicas! Es arrebatado como un buque batido por el soplo furioso de las Bóreas, y cuyo piloto, vencido por la tempestad, abandona el timón a los dioses y la salvación a la tempestad." "En esas carreras desordenadas, el carro del Sol, lleva todas partes el incendio y la llama. Faetón ve al universo entero preso del incendio; no puede por más tiempo sostener su violencia. No respira más que un vapor quemante parecido al aire que sale de un horno profundo; siente que su carro se calienta y se pone candente al contacto de la llama. Ya las cenizas y las chispas que vuelan hasta él le sofocan y le oprimen; un humo ardiente le rodean por donde quiera. ¿A dónde va? ¿En dónde está? En medio de la espesa niebla que le rodea, no puede descubrirlo y se deja llevar al capricho de sus fogosos corceles."

Finalmente, las riendas se escapan de las manos de Faetón; la tierra entera y el mismo cielo están abrasados. En esta general ruina, los astros tratan de huir. La Tierra, despavorida levanta los brazos hacia Zeus implorándole ayuda. Para evitar una catástrofe, el padre de los dioses se decide a fulminar al imprudente Faetón, cuyo cuerpo es precipitado en el Erídano.

LOS REBAÑOS DE HELIOS. Según la leyenda, el Sol poseía maravillosos rebaños cuya residencia fija la Odisea en la isla de Trinacria. "En este lugar pacían los bueyes y las ricas ovejas de Helios. El dios tiene tantos grandes rebaños cuantos apriscos: siete de cada clase, todos de cincuenta cabezas; no tienen crías y están al abrigo de la muerte y la vejez. Dos ninfas de cabellos elegantemente trenzados cuidan de estos rebaños: Faetusa y Lampecia, hijas de Helios y de la divina Mera. Cuando su augusta madre las hubo parido y criado, les dio por morada la lejana isla de Trinacria, y les confió la guarda de las ovejas y de los soberbios bueyes de su padre." Sabido es que Ulises, en el curso de sus tribulaciones, llega cerca de la isla en donde residían los rebaños de Helios. Avisado por Circe, Ulises hace jurar a sus compañeros que no tocarán los bueyes ni las ovejas del sol. A instigación de uno de ellos, Eurícolo, los desgraciados quebrantan este juramento. Lampecia pónelo en conocimiento de Helios, quien, "con el corazón rebosante de enojo," se dirige a los inmortales: "Poderoso Zeus, y vosotros, dioses bienaventurados eternos, castidad a los compañeros de Ulises, hijo de Laertes; en su orgullo, acaban de inmolar los bueyes que regocijaban mis ojos cuando ascendía al cielo o descendía a la tierra. Si no me concedéis una justa venganza, me iré a la morada de Hades, y en adelante alumbraré a los muertos. – Helios, responde el dios que reúne las nubes, continúa alumbrando a los dioses y a los frágiles humanos en la tierra fértil; yo no tararé de herir el bajel de Ulises con las ardientes saetas del rayo y lo destruiré en medio de las sombrías olas." Ulises (el sacrilegio se ha cometido mientras estaba entregado al sueño) sólo llega para comprobar que "el daño es irremediable. Los bueyes ya no existen, y los signos de los dioses estallan."

En Sicilia se colocaba el lugar de pasturaje de los bueyes de Helios y un autor antiguo nos relata que se enseñaba este lugar cerca de Artemisión.

OTROS MITOS RELATIVOS A HELIOS. El sol representa en la Gigantomaquia un papel algo borroso, que para impedir a los Gigantes alimentarse de una hierba mágica que debía hacerles inmortales, Zeus prohibió a Helio que apareciera. El dios está también mezclado en otra historia parecida. Referíase que después de la derrota de sus congéneres, el gigante Pícoloo se había refugiado en la isla habitada por la maga Circe, hija de Helios, a la que había querido expulsar de su dominio. El dios que había matado al intruso, cuya sangre dio vida a la moli. La flor de esta planta era blanca a causa de Helios y negra a causa de la sangre del gigante.

También decíase que, en el curso de la lucha de los dioses contra los gigantes, Hefesto, abrumado de fatiga, había sido llevado por Helios en su carro. Como hemos visto ya, por Helios tuvo igualmente el divino cojo noticia de su infortunio conyugal y Deméter conoció el nombre del raptor de su hija.

Muy celoso de su poder, Helios se mostraba despiadado para con los que osaban compararse con él. Un hijo de Nereo, Nerito, se alabó de ser más rápido en la carrera que el mismo Helios. En castigo fue metamorfoseado en un molusco (testáceo bivalvo) que lleva su nombre (nerita). La cazadora Argé, que, viendo correr un ciervo, exclamó que ella lo alcanzaría aunque fuera tan veloz como el Sol, fue transformado en cierva.

Helios figura igualmente en la leyenda de Fineo. Fineo había sido atacado de ceguera porque, teniendo que escoger entre una vida larga y el don de la vista, había optado por la primera de estas alternativas. Se decía también que había incurrido en la cólera de Helios porque era mejor adivino que el mismo dios, o porque había enseñado a Frixo el camino de la Cólquida, contra la voluntad de Eetes, hijo de Helios. Eetes había maldecido a Frixo, y Helios había acogido sus maldiciones privando de la vista a Fineo.

RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LA PERSONALIDAD DE HELIOS. Para Homero, Helios es el

dios que todo lo ve y que todo lo oye, y al cual nada se le oculta. Se le invoca como testigo y como vengador de los crímenes, ninguno de los cuales puede escapar a sus miradas. De una pureza inmaculada, no soporta ninguna mancha; el culpable no sabría mirarle cara a cara. Dispensador de todos los bienes, da al hombre la riqueza y la felicidad. Todo cuanto es bello procede de él; es el dios de la verdad y de la sabiduría. Mirándole, el hombre acrece su grandeza visual. Aristóteles refiere que el águila ponía mirando al sol a sus polluelos apenas salidos del huevo y los mataba si no resistían esta prueba.

Es capaz de sanar la ceguera, y priva de la vista quienes como Fineo, le han ofendido.

Toda la vida de la naturaleza depende de Helios. Su luz es necesaria no sólo para los hombres, sino también para los dioses. Amenaza a éstos a retirarse a la morada de Hades y con alumbrar a los muertos, si no consienten castigar a los compañeros de Ulises que han inmolado alguno de los bueyes de su rebaño sagrado. Por ello confiesa su subordinación a divinidades más poderosas, ya que no puede por sí mismo vengarse. En otro pasaje de la *Ilíada*, Homero nos dice que Hera "envía, contra su voluntad, al infatigable Helios, bajo las olas del océano."

Este epíteto de "infatigable" es el que mejor caracteriza la esencia de Helios. Su leyenda nos lo representa efectuando cada día su viaje a través del espacio celeste. Va montado en su carro, que, primitivamente quizá, era tirado por toros, pero que la leyenda nos muestra arrastrado por caballos que soplan fuego y son a veces alados. Sus nombres varían según los autores: Eoos, Etíope, Bronto, Esterope, Etón, Flegón, Lampos, Faetón, Xanto. Se alimenta de una planta mágica que crece en la isla de los Bienaventurados. El carro, obra de Hefesto, es de oro, lo mismo que las riendas. El océano es el punto de llegada, y el punto de partida de Helios. Sale de él cada mañana por Oriente y se sumerge en él cada tarde por occidente. Su palacio está situado en Oriente cerca del mar Eritreo. Para explicar cómo Helios desaparecía cada tarde en el Océano por Occidente y emergía cada mañana por Oriente, se decía que durante la noche viajaba, o en una barca, o en una copa, que Heracles le había prestado para atravesar el Océano, después de haberle amenazado con sus flechas.

EL CULTO A HELIOS. En general, los pocos santuarios de Helios que los autores antiguos mencionan estaban situados en las cimas: por otra parte, son escasas las noticias que el dios era objeto. Sabemos sólo que en determinados lugares se le sacrificaban caballos blancos, y que, por otra parte las ofrendas consistían en simples libaciones a base de miel.

En Atenas el culto de Helios sólo ocupa un lugar secundario y no aparece más que incidentalmente de fiestas consagradas a otras divinidades. Por el contrario, en Corinto decíase que se habían disputado aquella región Poseidón y Helios. Briareo, designado como árbitro, había dado el Acrocorinto al hijo de Hiperión y el resto del istmo al dios del mar. Helios había cedido luego su parte a Afrodita. Otra leyenda decía que las divinidades habían conservado en común la posesión del istmo entero y habían de concierto fundado los juegos olímpicos. Existían en Corintio varios altares y estatuas de Helios y de Antíope, y entre ellos había repartido el dios el territorio. Medea, hija de Eetes, era, pues, nieta de Helios, que era al mismo tiempo antepasado de los principales héroes corintios.

Se encuentran igualmente vestigios del culto de Helios en Sición, así como en varios puntos del Peloponeso: en Argos, en Epidauro, en Megalópolis, en Elis. En Ténaro se conservaba un rebaño de ovejas consagrado a Helios, al cual se le ofrecían sacrificios en la cima del Taletón, contra fuerte del Tégeto. En la isla de Creta se supone que Helios en época muy remota fue honrado bajo la forma de un toro, lo que se ha tratado de explicar por la conocida leyenda de Pasifae.

El centro de culto de Helios más importante era la isla de Rodas. Hemos transcrito anteriormente la leyenda según la cual, no habiendo Helios asistido al reparto de la tierra, había obtenido de Zeus la posesión de una isla a punto de emerger. Era la isla de Rodas, que, según la leyenda, debía obtener el nombre de Rodos, hija de Afrodita y de Poseidón, y de la cuál Helios se enamoró, haciéndola madre de siete hijos. Extendido por toda la isla, el culto a Helios era especialmente practicado en la ciudad de Rodas, fundada a fines del S.V, en el

emplazamiento mismo del santuario primitivo del dios. Éste poseía allí un gran templo en el que se celebraba cada cinco años la gran fiesta de las Helieia, a la cual acudían no solamente de todos los puntos de la isla, sino hasta de las regiones más lejanas. Había primero una procesión y sacrificios, luego concursos gímnicos, carreras de caballos y de carros, concursos musicales y literarios. Los premios consistían en coronas de álamo blanco, árbol consagrado a Helios. Al lado de estas fiestas celebrábanse cada año otras solemnidades, menos importantes. Indudablemente, en esta ocasión se arrojaba al mar como ofrenda a Helios, un carro enganchado con cuatro caballos. En Rodas se elevaba la estatua colosal de Helios por Cares, y las monedas de la ciudad recuerdan igualmente el culto de que el dios era objeto por parte de los Rodios.

La isla de Creta, que ocupa importante lugar en las condiciones mitológicas de Grecia, practicó desde muy pronto el culto de Helios de una manera particular. El dios fue allí honrado bajo la forma de un toro. Pasífae, la esposa de Minos, era hija de Helios y de Persa. El gigante de Talos, de cuerpo de bronce, que ahogaba entre sus brazos a todos los extranjeros que abordaban en la isla, parece haber sido, en el concepto cretense, el propio dios Helios. Por otra parte, sabemos que en la ciudad de Gortina había todavía, en la época histórica, rebaños consagrados a Helios.